

1

Poco sabía yo cuando compuse el poema «Vuelo a Canadá» que había tantos secretos encerrados en su mundo. Tuvo más de lectura que de escritura. Todo lo que decía ha acabado encontrándome. Otras cosas se van esfumando. El negro de mis cabellos se va esfumando. Los malos espíritus que llevaba dentro me abandonaron hace largo tiempo. El demonio que me perseguía se ha quedado atrás y pierde terreno. ¡Qué pedazo de guerra se montó!

A Lincoln. A Harriet Beecher Stowe. A Douglass. A Jeff Davis y a Lee. A mí, a 40s y a Stray Leechfield. A Robin y a Judy. A la princesa Quaw Quaw Tralaralará. A Mami Barracuda. A Cato el Grafado. A Yanqui Jack. A Pompeyo. A Bangalang. A todos nos afectó de un modo u otro.*

«Así que tú eres la mujercilla esa que provocó la gran guerra», le dijo por lo visto Lincoln. Recibió a Harriet Beecher Stowe en la Casa Blanca, y a ella no se le ocurrió otra cosa que devolverle la cortesía propagando el rumor de que era analfabeto. Siempre corrían rumores acerca de Lincoln. Que él y su hijo Todd eran un par de borrachos. Que la señora Lincoln estaba loca. Que era un mujeriego. Que su madre, Nancy Hanks, era una ramera. Los confederados decían que era un «negrata». ¿Quién sabe qué es real y qué es ficción?

La vieja Harriet. La granuja de Harriet. Acusó a lord Byron de pornografía. Con Lincoln no logró congeniar. A ella lo que le gustaba era la Nobleza. Curioso. La mujer a la que se atribuye la ruina de los Plantadores era una tiralevitas de la Nobleza, igual que ellos. Qué extraña, la historia. Qué compleja, también. Será siempre un misterio, la historia. Los

**A veces escrito «Grifado».*

nuevos descubrimientos son tan raros como la más rara de las fantasías.

Harriet metió ahí la mano. Popularizó la novela americana y la llevó a Europa. La cabaña del tío Tom. Escribir es extraño, sin embargo. El relato le pasó factura. Ese relato que le cogió «prestado» a Josiah Henson. Harriet solo quería dinero para comprarse un vestido de seda. Los molinos papeleros trabajaban día y noche. Había leído el libro de Josiah Henson. Harriet estaba al tanto de La vida de Josiah Henson, antiguo esclavo. Setenta y siete páginas. Era breve, pero era suyo. Lo único que tenía. Su relato. El relato de un hombre es su grisgrís, ¿comprenden? Arrebatárselo es como arrebatarse su grisgrís. La esencia de su persona. Es como robarle a un hombre su Doble Etérico. Luego la gente languidece. A los médicos los deja patidifusos, la manera en que alguna gente languidece sin motivo alguno. ¿Sin motivo? Alguien se ha hecho con su Doble Etérico, alguien ha entrado en lo más recóndito de su ser y ha arramblado con todo lo que había. Huéspedes humanos caminan por las calles de las ciudades con la mirada vacía, sin espíritu. Alguien les ha arrebatado su historia.

Josiah Henson fue y se enamoró de la madera. Su madera nadie podría quitársela. Sus tablonces de nogal. Los llevó a Inglaterra y los expuso en el Palacio de Cristal. Conoció a la joven reina Victoria.

Nadie podría quitarle tampoco su Dawn, su asentamiento en Canadá.

Harriet reconoció su deuda con Josiah en Las claves de «La cabaña del tío Tom». ¿Cuál era la clave de su Cabaña? Una mujer peculiar, esa Harriet. A Josiah no se le habría ocurrido nunca ponerle una demanda por plagio. Aunque tampoco es que se lo pudiera permitir. Además, se le daban mal los números. Su Dawn se fue a la quiebra porque era confiado y se le daban mal los números. Es una desgracia que un

hombre pierda su Dawn y quede frustrado y sin esperanzas. Cuando veo a esos dos hombres en el New York Times en el reservado de un restaurante lujoso —dos hombres indolentes de cara oronda, abí sentados, ricos como Creole Candy, hablando del dinero que van a ganar con la versión musical de La cabaña del tío Tom, con esos aperitivos enfrente y tres clases distintas de vino—, cuando veo eso, y cuando veo a su agente en el National Era bañándose en el mar con su chow chow, me pregunto por qué los espíritus no van hasta Long Island y lo tocan. Por qué no lo tocan por lo que le hizo a Josiah Henson. Por qué no lo tocan como tocaron a Harriet.

Porque Harriet pagó. Vaya sí pagó. Cuando te apropias de la historia de alguien, una historia que no te pertenece, esa historia se lo acaba cobrando. Harriet ganó dinero suficiente con el argumento de otro como para comprarse miles de vestidos de seda y una casa preciosa, «Una de esas amplias mansiones de madera, de aire afable y hospitalario, que con tan buen hacer construían los carpinteros de Nueva Inglaterra». Una plantación de Virginia en plena Nueva Inglaterra.

Henson tuvo que vender Dawn, su asentamiento, para pagar a sus acreedores. ¿Es que no tiene compasión la Naturaleza? Dawn, «amanecer», es un bonito nombre. ¿Acaso se siente perdida la gente porque los dioses los han abandonado pese a que dijeron que nunca lo harían?, ¿pese a que prometieron que nunca lo harían? ¿Se habrán camuflado para fastidiar a los mezquinos, a los que la imaginación no alcanza para reconocer las nuevas formas con que se han dotado a sí mismos? ¿Nos están reprendiendo por nuestra estupidez? Son crueles y exigentes. Quieren que los alimentemos. Pero para alimentarlos, primero hay que saber identificarlos. Le dijeron a Josiah Henson que se comportase con «caballerosa dignidad». Pero la gente de la calle lo sabía. Guédé lo sabía. Guédé está aquí. Guédé está en Nueva Orleans. Guédé hizo que se escribieran parodias y minstrels sobre Harriet. Sobre

la forma en que había ganado todo ese dinero. Dinero negro. Así lo llamaron. El dinero manchó sus manos.

Cuando lord Byron se levantó de su tumba para ir a por ella, se publicó una viñeta que mostraba a Harriet dejando las manchas de sus sucios dedos por toda la inmaculada e idealizada estatua blanca de Byron. ¿Estuvo Josiah Henson detrás del asunto? ¿Ese hombre que identificaban tanto con el tío Tom que su casa de Dresden, Canadá, se conoce como el Museo del tío Tom? ¿Tenía Tom el poder que afirman los brasileños? ¿Sabía de «raíces»? Umbanda. Pretos Velhos, Pai Tomas, Pai Tomas. El «curandero». ¿Hizo él que el fantasma de Byron se levantara de su redivivo sepulcro Romántico y estrangulara la reputación de Harriet, a tal punto que un biógrafo tituló el capítulo sobre el escándalo «La catástrofe»? ¿Están los antiguos dioses indios y africanos entre nosotros, como anunció el viejo, demasiado orgullosos para manifestarse ante los ojos de los mezquinos? Mezquinos que no les harían caso. Mezquinos demasiado mezquinos y cerriles como para ver nada. El libro Hudú de Harriet. «Yo era un instrumento del Señor.» Escritura Hudú.

¿Hablan todavía, los dioses? ¿Caminan todavía, los dioses? ¿Están escribiendo ellos este libro? ¿Irán hasta Long Island y tocarán a esos hombres que rumiaban en el restaurante sobre el dinero que iban a ganar con la comedia musical de La cabaña del tío Tom? ¿Les caerá el abrazo de la momia?

Harriet dijo que Byron se estaba follando a su hermana. Dijo que se lo había contado su amiga lady Byron, a su parecer difamada por la condesa Guiccioli, última amante de Byron y golfa del jardín de las Tullerías. Harriet acusó a Byron y a su medio hermana Augusta Leigh de ayuntarse en lujurioso abrazo. ¿Es por eso por lo que Harriet, la estrecha, se refirió a lord Byron como un «genio brillante y seductor»? Ojo con lo que dejás escrito, Harriet. ¿Querría acaso cambiarle el sitio a Augusta Leigh y transformar a Byron en su hermano, Henry?

La historia desde luego es complicada, ¿o es que puede uno, como Stray Leechfield, pagarse el billete de salida?

¿Por qué no se reconoce a Edgar Allan Poe como el biógrafo principal de esa guerra extraña? ¿Ficción, dicen? ¿Dónde empieza lo real y termina la ficción? ¿Por qué lo perfectamente racional tiene, en su propio tiempo, apariencia de galimatías? ¿Dónde terminaba para Poe, profeta de una civilización enterrada viva en la que, según los testigos, a la gente a menudo la azotaban sin razón? ¿Sin razón? ¿Lo sabremos algún día, quedando como quedan tan pocos vestigios de una civilización que los Plantadores consideraban «la civilización más justa que ha habido nunca bajo el sol» y los esclavos, por su parte, «el Reino de Satán»? Poe lo registró todo. Dice más en unos cuantos relatos que los historiadores en todos sus volúmenes. Volúmenes en torno a la guerra. La Guerra de Secesión. La Guerra del Espíritu. Douglass, Tubman y Bibb creían los tres en los presagios, recurrían al Hudú y llevaban consigo amuletos escondidos. Lincoln, el Jesucristo Americano, que murió en Viernes Santo. Harriet, que decía que era Dios quien había escrito La cabaña del tío Tom. ¿Qué Dios? Algunos dioses no le hacen remilgos a ninguna montura. Ni siquiera a esa maestra solterona que va del bus turístico a un templo Umbanda arrastrándose como un animal, con la mente libre de prejuicios, como suele decirse.